que podrán gozarse en la otra vida, aunque acá abajo no es posible á un mortal comprenderlas, conforme escribe el Apóstol: *Oculus non vidit, nec aures audivit, neque in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum.* 1. *Cor.* 2. 9. Habiéndonos criado Dios para un estado sobrenatural y para gozar de bienes que esceden á nuestra capacidad, á fin de que nosotros hiciésemos todos los esfuerzos necesarios para conseguirlos, era necesario sentir en órden á los mismos un deseo ardiente y una fé robusta: por esto nos ha hecho saber por medio de la revelacion, que los bienes para nosotros preparados son incomprensibles. Esto supuesto, y que el hombre ha sido creado para esta esfera sobrenatural, para la vida futura, la religion revelada es proporcionada, no ya á la capacidad que en esta vida temporal tenemos, mas á la que esperamos tener en la vida eterna, que es nuestro postrer fin.

9. Pero replican los deistas, que la religion revelada no es como quiera superior, sino contraria á nuestra razon natural; y cabalmente por esto es contraria, porque es superior. Bayle dice estas palabras: observamos que la revelacion es contraria á la razon, y la razon á la revelacion; luego (infiere de aquí) ó nos engaña la razon, ó nos engaña la revelacion; y de ahí concluye, que la revelacion no es verdadera. No, señor Bayle: la revelacion es verdadera y está lejos de engañarnos, puesto que es totalmente falso el supuesto de que con ser la revelacion superior á la razon, le sea contraria. Dícese *superior* á la razon cuando la razon no alcanza á comprender la relacion de los términos de una proposicion: llámase *contraria* á la razon, cuando el entendimiento repara una repugnancia positiva entre los propios términos. Los misterios revelados son superiores, en cuanto no alcanzamos á comprender el cómo y la manera, pues un entendimiento finito no comprende las cosas que abraza una mente infinita, como la de Dios. Por ejemplo, dice Bayle, no cabe comprenderse cómo en Dios haya tres personas distintas, y una sola naturaleza; puesto que sabemos muy bien que tres personas hacen tres naturalezas individualmente distintas. Respondemos, que escapa á nuestra comprension el conocer el modo como esto sucede; pero como este misterio sea superior á nuestra razon, aunque no alcancemos con nuestra razon á comprenderlo, no podemos decir por esto que sea falso el misterio de la Trinidad.

10. Y estendiéndonos á hablar de los demas misterios revelados, ellos son para nosotros incomprensibles con la luz natural tan solamente; pero ningun naturalista ha llegado jamas á demostrar que tales misterios no puedan ser verdaderos. Unicamente Roberto Olchot, teólogo anglicano, se propuso sostener que las religiones reveladas son falsas, como opuestas á la razon; pero escribe Francisco Ferrariense, *lib.* 1. *contra gentes*, que ese escritor mereció la censura universal. No cabe duda que los principios de la razon natural son destellos de la eterna sabiduría; y como los misterios revelados por Dios sean una participacion de esa misma sabiduría, viene á ser imposible que estén en pugna con la razon natural; de otra suerte Dios, verdad por esencia, se contradijera á sí mismo. Por lo que, lícito es decir que los misterios de la revelacion son para nosotros incomprensibles, mas no que sean falsos. Supuesto pues que la revelacion de tales misterios haya sido hecha por Dios, fuerza es sujetar la razon á la revelacion, aunque á nuestra razon no cuadre el comprenderla; y en tanto no la alcanzamos á comprender, en cuanto la revelacion es superior á nuestra razon.

BIBLIOTECA CENTRAL

11. ¿Pero quién asegura (replican nuevamente los deistas) que la revelacion provenga de Dios? Nos lo asegura la Iglesia católica, constituida nuestra maestra en las cosas de fé por el mismo Dios; y nos lo aseguran tambien los caractéres ó motivos de credibilidad, en tal estremo robustos y convincentes, que no dejan lugar á duda, escepto para los obstinados, á quienes se les antoja negar hasta las verdades reconocidas. Esos caractéres son: la autoridad de la sagrada Escritura, el cumplimiento de las profecías, los milagros, la conversion de los gentiles, la constancia de los mártires y otros, respecto de cuyos caractéres, á mas de lo que llevo dicho en el presente libro, he escrito largamente en la segunda parte de mi obra grande sobre la *Verdad de la fé.* Sin embargo, tocaré aquí ligeramente las principales, y ante todo quiero hablar de la autoridad de la sagrada Escritura.

12. Es cosa probada por todas las historias, y señaladamente por la contenida en la sagrada Biblia (que fué el primer escrito que vió la luz en el mundo, anterior al cual no se halla otro), es cosa manifiesta, digo, que despues de la creacion del mundo y de los hombres, todas las naciones (escepto la hebrea, que recibió las primicias de la revelacion) vivian sumidas en las tinieblas de la ignorancia y sumergidas en el lodazal de los vicios mas abominables; y lo que era todavía peor, sin conocer al verdadero Dios. Porque unos adoraban por dioses á los planetas, otros á las bestias, y otros á las piedras. La mayor parte de los hombres veneraban á dioses fabulosos ó viciosos, como á un Júpiter adúltero, á una Vénus impúdica, á un Apolo incestuoso, á un Vulcano vengativo; rendian tambien adoraciones á la memoria de ciertos hombres que

fueron durante su vida monstruos de obscenidad y de terror; los mismos filósofos antiguos, que eran los maestros del mundo, aunque hubiesen reconocido un solo Dios, sin embargo (conforme escribe San Pablo), merced á las tinieblas de la razon humana, cayeron en mil errores: *Evanuerunt in cogitationibus.... et obscuratum est insipiens eorum cor. Rom.* 1, 21. Y en órden á los mismos preceptos naturales ¡cuántos errores no admitieron! Platon aprobó la comun participacion de las mugeres, Aristóteles y Ciceron aplaudieron por lícita la venganza. En suma, en medio de aquella densa oscuridad y gran perversidad de costumbres, lo único á que cada cual atendió fué á halagar sus pasiones y apetitos sensuales, por donde el infierno hacia continuo estrago en las almas.

13. Ahora pregunto: ¿de dónde tuvo principio tanta ceguedad y tanto desconcierto en el hombre, que advirtieron ya los mismos gentiles, viéndose cada cual como violentamente arrastrado á abrazar el mal reconocido, como dijo el poeta: *Video meliora proboque, deteriora sequor?* ¿Es posible que Dios al crear al hombre dotado de razon á fin de que lo amase y sirviese, lo sacase de sus manos en tan completo desórden de su propio natural, tan ofuscado en su entendimiento, tan propenso al mal por parte de su voluntad? Por eso clamaba Job, como quejándose de Dios: *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis? Job.* 7, 20. Tambien Bayle adhiere á esta opinion, segun dijimos mas arriba, y dice: "La razon muestra al hombre sus tinieblas, su debilidad y la necesidad de una revelacion." Mas ¿en dónde hallaremos esa revelacion divina que nos ponga de manifiesto el estremado desconcierto del hombre?

14. Ahí está la religion cristiana que con el ausilio de la santa Escritura nos hace patente el orígen de tamaños males: *Hoc inveni*, escribe el Eclesiastés, *quod Deus fecit hominum rectum, et ipse se infinitis miscuerit quæstionibus. Eccl.* 7, 30. Dios crió al hombre ilustrado en su entendimiento, é íntegro en su voluntad, como nos indica la revelacion; mas todo el daño provino del pecado del primer hombre Adan, que con su culpa infestó á toda su posteridad, y produjo la necesidad de que Dios con la nueva luz de la revelacion la iluminase en el conocimiento de la verdadera fé, y con nuevas gracias, alcanzadas por el Redentor, robusteciese al hombre y lo hiciese capaz de cumplir sus deberes.

15. Esa misma Escritura sagrada nos enseña ademas los otros misterios que Dios ha revelado. Pero ¿cómo (dicen los deistas) podremos cerciorarnos de que Dios haya efectivamente hablado en

BIBLIOTECA CENTRAL

estas Escrituras? Tambien traté estensamente de esta materia en mi ya citada obra de la *Verdad de la fé*, en donde dejé demostradas la legitimidad y autenticidad de las Escrituras del antiguo y del nuevo Testamento; solamente añado aquí, que el Señor, á fin de hacernos indudable la verdad en las mismas sagradas Escrituras reveladas, dispuso que los libros de uno y otro Testamento se correspondieran mútuamente con señalada esactitud. Y por esto, necesario es saber que el conjunto de las Escrituras sagradas se compone de gran porcion de libros históricos, legales, proféticos y morales; que de entre esos libros los posteriores dan testimonios de los anteriores, señaladamente del Pentateuco de Moisés; que en los ulteriores libros sagrados vienen aprobados completamente los mismos puntos de la ley dada por Dios á Moisés, y recomendada su observancia. Los autores de tales libros vivieron en diferentes siglos y fueron las hombres mas santos, doctos é ilustrados de su nacion, como un Samuel, un David, un Salomon, un Isaías, un Jeremías, un Daniel, un Ezequiel y otros profetas, cuyas predicciones recibieron con los hechos perfecto cumplimiento; por lo que, no cabe imaginar libro mas verídico que el de la sagrada Escritura; que ademas cuenta con el juicio comun de toda una nacion, que ha acatado siempre esos libros como inspirados por Dios.

16. En el nuevo Testamento viene claramente autenticada la verdad del antiguo, y en este la de aquel. Por manera, que el número de siglos trascurridos, lejos de oscurecer la certidumbre de la revelacion la hace mas cierta y evidente. Los libros de la antigua ley fueron la figura ó digamos el esbozo del retrato, que á poco en la ley nueva apareció manifiestamente: en ellos fueron predecidos todos los sucesos de la humana redencion, llevada á término por Jesucristo con su vida y su muerte; de modo que negar la Escritura del antiguo Testamento, fuerza á negar todas las del nuevo referentes á las del antiguo; y á la inversa, negando las Escrituras del nuevo Testamento se viene á caer en la necesidad de negar tambien las del antiguo, en donde están vaticinados con toda claridad los hechos acaecidos despues de la redencion, como son todos los que dicen relacion con la redencion humana, la venida del Mesías, y la conversion de los gentiles.

17. Estas Escrituras fueron publicadas por todo el mundo; y de consiguiente moralmente incapaces de ser adulteradas. ¿Y de qué gentes pudo presumirse provendria la adulteracion? A los gentiles claro es que no debe suponérseles semejante empeño: ni tampoco á los hebreos, por la sencilla razon de que en su caso hubieran suprimido de ellas porcion de hechos que son oprobio de los

mismos hebreos; y mayormente las profecías que con tal claridad vaticinaron la venida del Mesías (negada por ellos hasta hoy con porfiada obstinacion) con todas las circunstancias en el decurso del tiempo verificadas, como la destruccion del templo y de la ciudad, la dispersion de los judíos, la muerte dada al Redentor por ellos mismos, cosas todas predichas de antemano por los profetas. Ni es dable tampoco que los cristianos adulterasen las citadas Escrituras, en cuanto los hebreos no hubieran dejado de hacer públicas por todo el orbe las adiciones y mutaciones hechas en ellas por los cristianos, cosa que no han indicado jamas.

18. Llevan esas Escrituras por carácter evidente de verdad los milagros ocurridos en el antiguo y en el nuevo Testamento. Entiéndese por milagro un prodigio que supera las fuerzas de la naturaleza, segun el comun dictámen de los hombres, y se verifica al invocar el nombre de Dios, llamado como testimonio de la religion; de donde resulta, que los verdaderos milagros, cuales son los que esceden el órden natural de las cosas, no pueden ser obrados sino por Dios, que tiene suficiente poder para cambiar el órden de la naturaleza. Tal fué el milagro acaecido al pasar los israelitas por el mar Rojo, que á poco cerró sus aguas sobre los egipcios y los dejó en ellas sepultados. Aquel, que se verificó á la vista de dos millones de personas, cuando la columna de nube aparecia en el desierto á los hebreos durante el dia, para templar con su sombra el ardor de los rayos del sol, y durante la noche, la columna de fuego, para alumbrar el camino. Asimismo, la prediccion de Moisés referente al abismo que se tragó á Datan y Abiron: la vista concedida por Dios al ciego de nacimiento: el prodigio de los cinco panes y dos peces con que sació el Señor en el desierto á una multitud de cinco mil personas: la resurreccion de Lázaro, cadáver de cuatro dias sepultado; y otros prodigios semejantes, aseverados no de oidas, sino ocurridos en presencia de copioso número de personas; á diferencia de los milagros que en el Alcorán se atribuye á sí Mahoma, faltos todos de testigos oculares que los autoricen. Los milagros de Jesucristo llevan en sí mismos la confirmacion de las Escrituras del antiguo y del nuevo Testamento, puesto que los Evangelios encierran ambas Escrituras á la vez.

19. Dicen los adversarios: ¿mas quién sabe si esos prodigios fueron obra de los demonios, cuyas fuerzas no es dado á nosotros en manera alguna conocer? Respóndese á esta objecion; que como sea cierta la ecsistencia de Dios (ecsistencia que admiten los deistas), no cabe en su voluntad permitir milagro alguno operado en testimonio de una religion falsa, porque con permitirlo, Dios

BIBLIOTECA CENTRAL

mismo nos indujera en el error. A la Providencia divina incumbe mostrarnos la diferencia que media entre los milagros verdaderos y los falsos, ocurridos en confirmacion de la religion. Los milagros divinos poseen una íntima y natural persuasion, que nos mueve á reconocer á Dios por autor de ellos; y de ahí proviene el saber, que los milagros que acompañaron la propagacion del Evangelio contribuyeron no poco á dar á conocer á los gentiles al Dios verdadero y la verdad de la fé. Poderosos son por consiguiente los motivos que asisten á la razon para persuadirse de la ecsistencia de la revelacion divina, y creerla esclusivamente otorgada allá en lo antiguo á los hebreos, y posteriormente y con cumplida perfeccion á los cristianos.

20. Veamos ahora qué nos manifiesta èsa revelacion divina, que sabemos está contenida en las sagradas Escrituras. Ella nos enseña, que Adan, primer hombre criado por Dios, salió de las manos de su Hacedor dotado de un juicio recto, de un entendimiento apto para comprender sus obligaciones, de una voluntad propensa al bien, aunque libre para seguir el mal, si le pluguiere abrazarlo; halagado con la promesa de la vida eterna, en galardon de su obediencia, y conminado con la pena eterna en castigo de su inobediencia. Pero Adan se levantó contra Dios, comiendo de la fruta vedada, y vino á quedar privado de la gracia divina: y conforme Adan se habia rebelado contra Dios, alzáronse á su vez en Adan los sentidos contra la razon: ese castigo trascendió á todo el linage humano, como á la raza de un súbdito rebelde; pues no cabe injusticia en que quien anduvo rebelado, quede sumido en la desgracia de su soberano, y arrastre en ella á toda su posteridad. Procediendo de ahí, que merced á aquella culpa trasmitida hasta nosotros, quedara el entendimiento oscurecido en el conocimiento de la verdad, y flaca la voluntad para abrazar el bien.

21. El conjunto de esas verdades reveladas hállase patente en las divinas Escrituras, y la razon misma las demuestra. Poner en duda su ecsistencia, es caer en una temeridad inescusable. De lo contrario, ¿cómo es posible imaginar que Dios, tan amigo del hombre desde la eternidad (*In charitate perpetua dilexi te Jer.* 31, 3), le hubiese creado tan imperfecto, con un entendimiento obtuso y en sumo grado inepto para conocer sus deberes, y con una voluntad tan en estremo propensa al mal, que cada hombre sea un campo de batalla entre el sentido y la razon? Y dado que nos ladeáramos al sentir de aquellos materialistas, que no reconocen á Dios por autor del hombre, sino á la naturaleza, ¿cómo llegaremos á persuadirnos que ésta, próvida como es (al decir de ellos) en ordenar

rectamente todas las cosas, haya formado al hombre en tal de sórden y desconcierto? No; ni Dios ni la naturaleza criaron al hombre de tal conformidad; el pecado fué el orígen de tamaño desórden, que permitió á la concupiscencia contraponerse á la razon, y llevar al hombre harto inclinado al mal, y envuelto en tinieblas. Omito hablar de los demas caractéres comprobantes de la verdad de la religion revelada; los aducidos hasta aquí bastan para fijar la conviccion de cada cual.

22. Cesen, pues, los deistas de propalar al inutilidad de la revelacion y su oposicion con la razon natural; supuesto que, si sientan el fundamento de tal oposicion en la supuesta pugna de las cosas reveladas con la razon, les diremos que no cabe afirmar tal lucha (conforme escribiamos en los números 9 y 10) mientras no dejen probada la repugnancia evidente de los misterios revelados y la razon; repugnancia que nadie hasta ahora acertó á poner en evidencia, ni conseguirá el ponerla, porque los misterios de la revelacion no andan contrapuestos con la razon natural. Pueden afirmar que hay incapacidad de parte nuestra para comprenderlos, y en este punto estaremos conformes con ellos; pero no asignaremos por causante su oposicion con la razon, sino su superioridad á la misma, pues pertenecen al estado sobrenatural de la bienaventuranza eterna, para la cual fuimos criados; cuyos objetos, mientras vivamos acá abajo, somos incapaces de comprender en cuanto á su esencia; mas debemos creerlos, como á revelados por Dios. Por eso caen en mortales inconvenientes los deistas al querer probar que las cosas reveladas sean contrarias á la razon; ni cabe tampoco tachar de opuesta á la misma razon natural la revelacion ó manifestacion de los misterios que debemos creer; no les resta, pues, otro camino, sino acogerse á decir, que la religion revelada es superflua é inútil, bastando al hombre para alcanzar el último fin de su salvacion, la religion natural. Pero á esa objecion ya desde el principio (en el núm. 2) dimos congruente solucion, probando que la revelacion, lejos de ser inútil al hombre, fué, despues de la ruina ocasionada por el pecado, de todo punto necesaria.

CAPITULO II.

La revelacion divina no se opone á la felicidad del individuo.

23. Al hablar los naturalistas, ó llámense deistas, de la felicidad individual, entienden tratar de la felicidad temporal de la vida presente, porque en cuanto á la felicidad eterna de la vida futura, ignoro si todos ellos andan avenidos en aceptar la inmortalidad del alma. Voltaire, segun se desprende de sus escritos, no la admite, pues dice: que el alma es una sustancia idéntica á la del cuerpo, la cual con la muerte se disuelve, cuando el cuerpo se corrompe. Confieso que no reputo á los otros naturalistas harto escrupulosos para dejar de prohijar el mismo dictámen, puesto que, á su modo de ver, todo cuanto pertenece al hombre es conforme á su naturaleza. Como quiera, y sean cuales fueren sus creencias, yo entiendo hablar de aquellos naturalistas, que niegan ó ponen en duda la inmortalidad del alma, y dicen que la revelacion es contraria á la felicidad particular; porque gran porcion de cosas manifestadas en esta vida por la religion revelada, como son, los vínculos de los preceptos, la prohibicion de satisfacer las pasiones conforme á nuestra inclinacion, el temor del juicio divino, las amenazas de las penas eternas, hacen arrastrar al hombre una ecsistencia desgraciada. Nosotros decimos lo contrario; que el incrédulo sumido en la incredulidad no puede vivir un punto feliz; que solo quien sigue la antorcha de la revelacion y observa la ley divina, puede gozar en esta vida de su peculiar felicidad; pero felicidad adecuada á la vida presente, porque la felicidad plena y desembarazada de todo quebranto, no ecsiste acá abajo, sino que nos está preparada en la eternidad de la vida futura. En este mundo, mansion de méritos, y lugar de sufrimientos, que nos grangean la vida eterna, solo quien lleva con paciencia los males, vive contento, al par de los varones santos, los cuales, cuanto menos disfrutan de los bienes terrenales, ó cuanto con mas señalada resignacion sufren las tribulaciones de esta vida, de tanta mayor paz y cumplida tranquilidad de ánimo se ven colmados.

24. Pero á fin de que el hombre llegue á ser feliz en esta vida, cúmplele conocer el fundamento de su felicidad. Es cosa indudable, que la felicidad natural no está cifrada en los placeres del cuerpo, sino en la tranquilidad del ánimo, fruto de una vida emancipada de los vicios y libre de embates desordenados. Ese sosiego se engendra de la conformidad de los deseos ordenados al bien, con una conducta regulada. Cuando los humores del cuerpo andan concertados, éste se conserva lozano y vigoroso; pero al romperse el equilibrio de aquellos, engéndranse enfermedades y dolencias: lo propio acontece en el alma; si reina en ella el desórden ocasionado por el vicio, ó por alguna pasion desarreglada que la supedite, no tiene, ni alcanzará á tener paz verdadera, porque para conseguirla, fuerza es que el alma guarde perfecta conformidad con Dios, con los hombres y consigo misma, por medio de virtudes san-

BIBLIOTECA CENTRAL